



Comentario. Henry Kissinger (1923-2023): diplomacia, equilibrio de poder y orden internacional

Jerónimo Ríos Sierra¹

Recibido: 21 de mayo de 2024 / Aceptado: 10 de junio de 2024

Resumen. El siguiente trabajo tiene como propósito analizar parte de la aportación al pensamiento geopolítico proveniente de Henry Kissinger. A partir del texto publicado en *Foreign Affairs* con el título “The Search of Stability”, se intentan presentar cuatro elementos centrales de su producción intelectual. Primero, la importancia del equilibrio de poder y, relacionado con ello, la necesidad por construir y estabilizar un orden internacional. Al respecto, la diplomacia reviste de una relevancia central, la cual cobra sentido a partir de una óptica realista particular, alejada de los postulados de Hans Morgenthau, y también de Kenneth Waltz, al igual que el universalismo moralista imputable a las tesis idealistas. El texto igualmente aborda el análisis kissingeriano sobre la crisis berlinesa, intentado ofrecer como corolario las preocupaciones geopolíticas de quien fuera Secretario de Estado con Richard Nixon una vez finalizada la Guerra Fría y entrado el siglo XXI.

Palabras clave: Diplomacia; equilibrio de poder; Henry Kissinger; orden internacional.

[en] Commentary. Henry Kissinger (1923-2023): Diplomacy, Balance of Power and International Order

Abstract. The following paper aims to analyse a part of Henry Kissinger's contribution to geopolitical thought. Based on the text published in *Foreign Affairs* under the title ‘The Search for Stability’, it discusses four central elements of Kissinger's intellectual production. First, the importance of the balance of power and, related to this, the necessity of building and stabilising an international order. In this respect, diplomacy is of central importance, which makes sense from a particular realist perspective, far removed from the postulates of Hans Morgenthau and Kenneth Waltz, as well as the moralistic universalism attributable to idealist theses. The text also addresses the Kissingerian analysis of the Berlin crisis, attempting to offer as a corollary the geopolitical concerns of the man who served as Secretary of State in the Richard Nixon administration after the end of the Cold War and into the 21st century.

Keywords: Diplomacy; balance of power; Henry Kissinger; international order.

¹ Departamento de Historia, Teorías y Geografía Políticas, Universidad Complutense de Madrid (España).
Email: jeronimo.rios@ucm.es
<https://orcid.org/0000-0003-3574-0116>

[pt] Comentário. Henry Kissinger (1923-2023): diplomacia, equilíbrio de poderes e ordem internacional

Resumo. Este artigo tem como objetivo analisar parte da contribuição de Henry Kissinger para o pensamento geopolítico. Com base no texto publicado na *Foreign Affairs* sob o título “The Search for Stability”, procura-se apresentar quatro elementos centrais da produção intelectual de Kissinger. Em primeiro lugar, a importância da balança de poder e, relacionada com esta, a necessidade de construir e estabilizar uma ordem internacional. Neste sentido, a diplomacia assume uma importância central, o que faz sentido numa perspetiva realista particular, distante dos postulados de Hans Morgenthau e Kenneth Waltz, bem como do universalismo moralista atribuível às teses idealistas. O texto aborda ainda a análise kissingeriana da crise de Berlim, procurando oferecer como corolário as preocupações geopolíticas do homem que foi Secretário de Estado de Richard Nixon após o fim da Guerra Fria e até ao século XXI.

Palavras-chave: Diplomacia; equilíbrio de poder; Henry Kissinger; ordem internacional.

Sumario. Introducción: ¿quién fue Henry Kissinger? 1. La importancia del equilibrio de poder. 2. Un orden internacional en movimiento. 3. Los orígenes de la crisis berlinesa. 4. La respuesta de los actores principales y el fin de la crisis. Conclusiones: hacia un sistema sin orden mundial. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Ríos Sierra, J. (2023). Comentário. Henry Kissinger (1923-2023): diplomacia, equilíbrio de poder y orden internacional. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 15(1), 295-307. <http://dx.doi.org/10.5209/geop.96524>

Introducción: ¿quién fue Henry Kissinger?

Henry Alfred Kissinger (1923-2023) nació un 27 de mayo en la ciudad alemana de Furth. Su origen judío le obligó a abandonar el país y recalcar en los Estados Unidos, huyendo de la persecución del Tercer Reich, en 1938. Cinco años después obtuvo la ciudadanía estadounidense y sirvió al Ejército en la Segunda Guerra Mundial destinado en Europa. Tras la misma, se doctora en la Universidad de Harvard, con una tesis doctoral centrada en la restauración del equilibrio de poder tras las guerras napoleónicas, defendida en 1954 y publicada en 1957 con el título de *A World Restored: Metternich, Castlereagh and the Problems of Peace 1812–1822*.

A pesar de su marcada impronta académica e intelectual, Kissinger siempre se vio atraído por el servicio público, lo cual, dadas sus altas capacidades, hizo que en los años sesenta trabajara como consultor en materia de seguridad nacional del Departamento de Estado y el Pentágono. Su encumbramiento como hombre al servicio de la razón de Estado llegaría, primero en calidad de consejero de Seguridad Nacional entre 1969 y 1975 y, a su vez, entre 1973 y 1977, como Secretario de Estado bajo las presidencias de Richard Nixon y Gerald Ford.

Su obstinación por la importancia de la diplomacia y la preservación del equilibrio de poder se halla en casi toda su producción intelectual, si bien, en términos de política real, gana relevancia cuando, tras la guerra de Yom Kipur, en 1973, logra por medio de la función diplomática, separar a las fuerzas de árabes e israelíes. Esto, a la vez que consigue destensar las relaciones con la Unión Soviética y varios destacados acuerdos en materia de control armamentístico. Sin embargo, dicha diplomacia y su fuerte secretismo fueron siempre indisolubles de un planteamiento realista,

pragmático y posibilista por parte de Kissinger, ampliamente criticado por las consecuencias de la guerra de Vietnam. Guerra que, cuando Nixon asume la presidencia, en 1969, ya ha dejado 30.000 víctimas mortales en las tropas estadounidenses, toda vez que se han duplicado seis años después, en 1975, al final de la contienda bélica. En ese mismo contexto, Kissinger hizo todo lo posible por evitar cualquier atisbo de expresión socialista en el *backyard* latinoamericano, erigiéndose, por ejemplo, como uno de los principales responsables del derrocamiento de Salvador Allende, en septiembre de 1973.

Aun con todo lo anterior, su papel en la búsqueda de la paz de París, de 27 de enero de 1973, y que auspiciaba el fin de la guerra en Vietnam, le hizo valedor de un polémico Premio Nobel de la Paz. Ese acuerdo, recuérdese, condicionaba la retirada de tropas y bases estadounidenses en apenas 60 días, lo cual se sumaba a la reducción notable de ayuda económica a Vietnam del Sur. Dos hechos que propiciarían la llegada de los vietnamitas del norte a Saigón, el 30 de abril de 1975. Además, dos semanas antes, igualmente, la capital de Camboya, Phnom Penh, había caído en manos de los jemeres rojos, apoyados por los vietnamitas del norte —y otrora bombardeados por Estados Unidos, en 1969 y 1970—, dejando a la figura de Kissinger muy cuestionada. Una figura que, sin embargo, se (auto)exoneraba de responsabilidad cuando afirmaba en su defensa que:

Para mí, la tragedia de Vietnam fueron las divisiones que ocurrieron en Estados Unidos que hicieron, al final, imposible lograr un resultado que fuera compatible con los sacrificios que se habían hecho (Kissinger, CNN, 2005).

El final de Nixon contribuyó al descrédito de todo su gabinete, con la excepción de un Kissinger que continuó en la primera línea política, en calidad de igualmente secretario de Estado, bajo el mandato de Ford. No obstante, la popularidad de inicios de la década, en donde llegó a ser el hombre más admirado de Estados Unidos (Morris, 1974), iba abocada al ostracismo y la frustración por el notable recelo que, al interior del Partido Republicano, generaba su política de la distensión con la URSS.

Regresaría fugazmente a la primera línea política en 2002, cuando George W. Bush le nombró al frente de la comisión de investigación sobre los acontecimientos que motivaron el 11-S, aunque apenas duró mes y medio en el cargo, por acusaciones de conflictos de interés. En todo caso, su voz siempre ha sido objeto de referencia, consideración y también de disputa y encono, como evocaría en una entrevista concedida al reconocido periodista Fareed Zakaria, en 2008, en la que afirmaba lo siguiente:

He tenido la oportunidad de hacer las cosas en las que creo [...] Y sería antinatural y probablemente significaría que no he hecho mucho, si no hubiera otros puntos de vista que se expresaran con cierta vehemencia (Kissinger, CNN, 2008).

1. La importancia del equilibrio de poder

Una de las principales preocupaciones políticas de Henry Kissinger, sin atisbo de duda, es la cuestión del equilibrio de poder (*balance of power*). Este concepto es

acuñado como elemento central de la teoría realista de las Relaciones Internacionales, tanto en su expresión clásica, validada por Hans Morgenthau (1948), como en sus derivaciones estructurales y sistémicas, de acuerdo con el planteamiento que ofrecen Morton Kaplan (1957) y Kenneth Waltz (1979), respectivamente. El concepto, *per se*, admite en su traducción al español, como en algún momento señalaron Tomás Mestre (1979) o Esther Barbé (1987), un significado polisémico, en tanto que por *balance* se pueden entender diferentes connotaciones como balanza, equilibrio o balance, toda vez que en inglés hay dos acepciones similares, pero diferentes: *equilibrium* y *balance*. Es decir, mientras que el primero de los términos se correspondería con el equilibrio en sentido literal, el segundo mencionaría lo que entendemos por un equilibrio de poder en clave (geo)politológica.

El equilibrio de poder es un concepto de producción estadounidense, al servicio de la política de preservación de la condición de potencia mundial durante la Guerra Fría y que deviene inevitable en la contingencia de disputa por el poder indisociable de la razón de Estado (Morgenthau, 1948). Una primera aproximación profundamente cercana, tanto al Kissinger académico de los cincuenta como al Kissinger político de la década de los setenta. Al respecto, el equilibrio de poder puede ser interpretado como situación. Esto es, a partir de una asimétrica distribución del poder interestatal resulta posible encontrar situaciones en equilibrio y situaciones sin equilibrio. Equilibrio, concebido, por tanto, en términos de paridad hace que, para autores como Bull (1984), pueda entenderse, en otras palabras, como una situación desprendida de la noción clásica de hegemonía o poder preponderante.

Para otros, sin embargo, el equilibrio de poder es una cuestión estrictamente política y, por tanto, reducida a las acciones de un Estado o conjunto de Estados en favor de evitar una situación de desequilibrio que genere una eventual distribución asimétrica del poder. Esta acepción, por ejemplo, durante la Guerra Fría, es la que le permite a Raymond Aron (1962) hablar de bipolaridad o multipolaridad en el sistema internacional. En estos términos, el equilibrio de poder requiere para sí de un sistema previo de reglas, normas o códigos compartidos internacionalmente.

Una tercera posibilidad, en donde se encuentra Henry Kissinger, guarda relación con la concepción del equilibrio como sistema. Esto es, el equilibrio de poder se entiende como un proceso dirigido que demanda de acciones de mantenimiento y preservación de una condición estructural cuyo rasgo particular es un imperativo que renuncia a la hegemonía (Barbé, 1987). Lo anterior, en detrimento de situaciones equilibradas de poder que, por medio de reglas, compromisos y acciones, se incardinan en el *continuum* polaridad/estabilidad. Este elemento no generado —a diferencia de lo que sostienen algunos como Wright (1942) o el propio Morgenthau (1948)— dependen del voluntarismo y la acción. Así, es aquí, sobre esta preocupación, en donde Kissinger despliega buena parte de su aportación académica, desde tangencialmente, como en el texto que nos ocupa, hasta de manera explícita, tal y como arguye en *Diplomacia* (1994). A tal efecto, el trabajo diplomático del Congreso de Viena o del mundo occidental tras la Segunda Guerra Mundial (Kissinger, 2022) son elementos que nutren el concepto de equilibrio por el que apuesta Kissinger, para quien “la seguridad de un orden interno reside en el poderío preponderante de la autoridad; la seguridad de un orden internacional en el balance de fuerzas y en su expresión, el equilibrio” (1957, p.166). En otras palabras, la diplomacia debe quedar

supeditada al servicio de alianzas interestatales ante la ausencia de condiciones de hegemonía y el horizonte categórico de preservación de la estabilidad.

2. Un orden internacional en movimiento

Para Kissinger el sistema internacional, y el orden, indefectible de la noción de equilibrio de poder, es un constructo en continuo movimiento. En cada orden internacional, por tanto, los vectores de la distribución asimétrica de las fuerzas estatales resultan diferentes y modulan la gestación, evolución y transformación de diferentes órdenes. Tal y como se puede extraer en algunas partes del texto, es fundamental que los gobiernos entiendan la política exterior como una suerte de razón de Estado, en aras de alimentar condiciones que favorezcan ciertos márgenes de estabilidad.

Lo anterior, guarda a su vez relación con la concepción de una diplomacia al servicio de la modificación de las condiciones adversas para el interés nacional, debiendo ser concebidas siempre en favor de la conciliación. De este modo, el Henry Kissinger posterior, responsable de la política exterior estadounidense de mitad de los setenta, es un perfecto ejemplo. Recuérdese cómo, en calidad de secretario de Estado de Richard Nixon fue el impulsor de las negociaciones para acabar con la guerra de Vietnam, pero a la vez de las acciones que se concebían como necesarias para edificar, en aquel entonces, la conocida como “estructura de paz” (Kissinger, 1969). Mientras todo ese despliegue diplomático se producía y se consumaba la retirada de Vietnam, en paralelo, se intensificaba la proximidad con la China de Mao Tse-Tung y se mitigaban las hostilidades con la Unión Soviética (Schulzinger, 1989).

En otras palabras, y poniendo en valor una máxima desprendible del texto que acompaña a este comentario, el interés nacional y su preservación no debe reducirse a una lógica de suma cero con respecto al mantenimiento de iniciativas diplomáticas, lo cual es compatible con la prioridad *kissingeriana* de contener el poder soviético en el orden internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Con relación a lo expuesto, no es baladí que, mientras que se fortalecía la causa occidental en el *backyard* latinoamericano, en aras de imposibilitar cualquier atisbo de acólito socialista —lo que motivó el golpe de Estado contra el gobierno democrático de Chile en septiembre de 1973— se materializaba el acuerdo para acceder al Berlín dividido. A la vez, avanzaban las conversaciones entre árabes e israelíes —marcadas por las guerras de 1967 y 1973— y se impulsaba la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, entre julio de 1973 y agosto de 1975. Esta es la muestra de la importancia diplomática que personifica Kissinger, cuya práctica política se desenvuelve en la hostilidad geopolítica de la Guerra Fría y el rechazo social que motiva la contracultura pacifista y el rechazo de la Guerra de Vietnam, a lo cual se añade el enfrentamiento con líneas amigas, provenientes del Partido Republicano.

Como se puede extraer de la lectura de “The Search of Stability”, Kissinger (1959) alzaprima el pragmatismo y el posibilismo frente a la necesidad adaptativa del momento. Algo cuya personificación tiene su máxima expresión en la figura del cardenal Richelieu, la cual le causa admiración por evocar de forma ideal su ideal de preservación del interés de la nación y la defensa a ultranza de la razón de Estado. Richelieu, muy presente en sus escritos, recuérdese que no duda en alinearse con los

fantasmas de su tiempo: la causa protestante con la que aspirar a socavar la posición preeminente en Europa que en ese momento ostentaba el Sacro Imperio Romano Germánico, allá por 1635.

La asunción de un orden internacional en movimiento hace que, para Kissinger, resulte necesario y visible en la asunción del propio equilibrio de poder, un aprendizaje de la práctica diplomática acontecida en Europa tras las guerras contra Napoleón y con motivo de la posterior emergencia del Congreso de Viena (1815). Sin olvidar que la diplomacia se subsume en una asunción última de alimentar el interés nacional, para Kissinger es importante el tomar distancia con uno de los elementos vertebradores de la política exterior estadounidense de principios del siglo XX: la idea del destino manifiesto y el sentido *wilsoniano* de corte idealista.

Su apuesta por la *Realpolitik* le lleva a un marco de interpretación del orden internacional puramente conservador, pero que escapa de cualquier pretensión moralizante y universalista de la política. Es decir, para Kissinger, como se apuntaba, pragmatismo, posibilismo y eficacia son principios rectores que, de un modo u otro, resultan inviables cuando la política exterior de Estados Unidos se proyecta desde la asunción de imperativos categóricos morales de representación global.

De igual manera, y es perceptible en la lectura de referencia, a diferencia de otros autores de la constelación realista, no existe en Kissinger (1981) presunción alguna de Estados Unidos como potencia hegemónica. Sí se entiende que el país debe ser la punta de lanza de los valores de Occidente, pero escapando de evocaciones unilateralistas y pseudo-hegemónicas, frente a las cuales exhorta la importancia de la coalición transatlántica como uno de los múltiples mecanismos con los que contener a un Estado como la Unión Soviética, con tradicionales y constantes elementos de expansionismo en su proyección internacional (Kissinger, 1959).

3. Los orígenes de la crisis berlinesa

La posición inicial de Kissinger sobre el tema particular de la unificación alemana que ocupa “The Search of Stability”, tal y como propugna no en pocas ocasiones en el texto, se aproxima a lo que será una constante a partir de inicios de la década de los sesenta: la guerra limitada. El escenario idóneo para Henry Kissinger es la paz entre Estados, pero, inasumible esta, la guerra limitada siempre es preferible a la rendición o a la guerra total. En otras palabras, siendo poco creíble, factible y útil una guerra total, como lo fue la Segunda Guerra Mundial, es la asunción de la inexorabilidad de las guerras limitadas las que modulan un orden internacional a pequeña escala. Ello, a partir de provocar situaciones de empate, derrota limitada o formación de coaliciones (Kissinger, 1959).

Esta *irreconciliabilidad* de las posiciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, con el devenir de los acontecimientos que se suceden entre 1959 y 1968, terminará por desembocar en un nuevo estadio sobre el que, en este documento ya se pueden apreciar algunos elementos que Kissinger desplegará teóricamente una década después, durante la conocida etapa de distensión. Esto es, una etapa de contención de conflictos de mayor envergadura y disposición de intercambios cooperativos en donde las coordenadas de la estabilidad y el equilibrio vienen fundamentadas por un pilar central: legitimidad, que no justicia.

Así, dicha legitimidad supone acatar un marco de disputa geopolítica entre las potencias intervinientes hacia un nivel de equilibrio —en este caso, sí, bajo la aceptación de *equilibrium*— por el cual se espera que no haya ningún Estado que corra el riesgo de sentirse ultrajado o desposeído de sus pretensiones geopolíticas en los términos de la Alemania posterior a la Primera Guerra Mundial y la humillación del *Diktat*. Legitimidad, por ende, no implica ni mucho menos la negación del conflicto. Más bien, limita su extensión y, como reconoce Kissinger en un texto coetáneo al que ocupa este comentario, *Armas nucleares y política internacional*, lo circunscribe “a guerras libradas en nombre del sistema existente” (y no uno de naturaleza revolucionaria) (1957, p.74).

De hecho, este elemento conectará con otro ampliamente abordado por Kissinger desde finales de los sesenta, y que guarda relación con una noción pentagonal del mundo, concebida bajo la presidencia de Richard Nixon (Hoffmann, 1972). Junto al eje dual de superpotencias que representan la Unión Soviética y Estados Unidos, tras las consecuencias de la ruptura sino-soviética, se añade China —de interés creciente en la obra de Kissinger (2012) en la siguiente centuria—; a la vez que en un segundo nivel hay dos potencias regionales como Europa y Japón —algo similar a lo que se desarrolla como hipótesis en *Orden Mundial* (2014)—. Nuevamente, y antes de volver al texto, la realidad es que Kissinger apuesta por una noción plural del equilibrio, el cual, en función de la arista que se corresponda, ya sea política, económica o militar, lo normal es que involucre a dos, tres o más potencias geopolíticas.

La crisis a la que hace referencia “The Search of Stability” guarda relación directa con el modo en que, desde 1949, quedan conformadas la República Federal de Alemania (RFA), sobre la zona occidental, y la República Democrática Alemana (RDA), sobre la parte soviética. Berlín quedaba supeditada a un régimen tetrapartito, tutelado por los cuatro vencedores de la Segunda Guerra Mundial y por el que la parte oriental berlinesa recaía exclusivamente en favor de Moscú. Una parte de la ciudad, por cierto, cuya velocidad hacia el progreso era inconmensurablemente menor que la de las otras tres partes, y que motivaría el bloqueo de la ciudad por parte del propio Josif Stalin, allá por 1948 (Kissinger, 1959).

Una década después, la Unión Soviética había materializado el lanzamiento de los *sputniks* y, tal y como reconocía el propio Krushev en el marco del VII Congreso del Partido Comunista Búlgaro, el 4 de junio de 1958, había un pleno convencimiento de que la hora de superar la producción industrial del mundo capitalista había llegado.

Para Kissinger (1994), tal y como narra en *Diplomacia*, cuando reflexiona sobre estos acontecimientos, la crisis berlinesa inicia con presión diplomática de la Unión Soviética y sus reparos a la *cuestión alemana*. Reparos que motivaban que Krushev anulase, el 27 de noviembre de 1958, el hasta entonces vigente Acuerdo de las Cuatro Potencias sobre Berlín. El objetivo era ceder el control de acceso a la RDA y consumir una desmilitarización de la parte oeste de la ciudad. La Unión Soviética, yendo más allá, concedía un plazo de seis meses para que Francia, Reino Unido y Estados Unidos establecieran sus propias relaciones con la RDA, socavando de paso todo el trabajo político que había realizado Konrad Adenauer desde septiembre de 1949. Un trabajo que se oponía de plano a cualquier elenco de concesiones a Moscú, y primaba el que Occidente articulase su plan de unificación a través de un modelo de elecciones libres —como menciona igualmente Kissinger en este documento—.

De otro lado, la crisis berlinesa que inicia a finales de 1958 hace que, como afirma igualmente el autor que nos ocupa, Estados Unidos constatase que las armas nucleares, que otrora habían favorecido la construcción de un ilusorio modelo de seguridad, perdieran capacidad de influencia ante un cada vez más cercano contexto de paridad. La ventaja de su tenencia se diluía y cualquier pronunciamiento de guerra nuclear, además de innecesario y desproporcionado, no podía ser asumido por el entramado de crisis y disputas regionales que estaban por llegar, tal y como sucedía con Berlín (Kissinger, 1959).

4. La respuesta de los actores principales y el fin de la crisis

La primera respuesta de Eisenhower a la situación propiciada en Berlín por la presión soviética fue la de aplacar los ánimos, tal y como dan cuenta sus conferencias de prensa de 18 de febrero y 11 de marzo de 1959. En ellas, el mandatario estadounidense negaba expresamente toda probabilidad de guerra en Europa con motivo de la crisis berlinesa (Kissinger, 1994). Algo similar cabía esperar del *premier* británico, Harold Macmillan, poco motivado a participar en una eventual guerra por defender a una Alemania que, desde finales del siglo anterior, había sido su principal enemigo continental, por lo que no había visto alguno de hacer propia la causa alemana.

El único dispuesto a romper filas con estas posturas, por supuesto, era Charles de Gaulle. Este acababa de llegar al poder tras doce años y, a diferencia de la alianza atlántica angloestadounidense, defendía la prioridad de mostrar que Francia estaba del lado, más que ningún otro, de la RFA y de Konrad Adenauer. La clave, para el mandatario francés, pasaba por defender la identidad europea como antítesis de la amenaza soviética, aunque sabedor de que, en realidad, sólo Estados Unidos era el que tenía la capacidad real de disuadir a Kruschchev. Así, el funambulismo geopolítico de De Gaulle transitaba por otro derrotero: contener un exceso de nacionalismo alemán a la vez que no favorecer una decisión autónoma de Alemania o, mucho peor, en firme alianza con la Unión Soviética.

Es con este escenario de posiciones discrepantes que la Alianza Occidental encontraba en la cuestión alemana, Kissinger alerta de la posibilidad de una fractura en la cohesión atlántica. Frente al eventual marco negociador que auspiciaba Macmillan y el férreo inmovilismo francés, la posición del secretario de Estado, John Foster Dulles, verbalizada en una conferencia de prensa, el 13 de enero de 1959, implicaba una ruptura con respecto a la tradicional posición estadounidense sobre la unificación alemana. Dulles defendería entonces que más allá del método prioritario, de unas elecciones libres e iguales, cabía la posibilidad de albergar otras opciones como, inclusive, una eventual confederación de dos estados alemanes (Fulcher, 2002). Este pronunciamiento despertaría el desánimo de un entonces alcalde berlinés, Willy Brandt, quien estaba firmemente convencido de que ello exacerbaba el dogmatismo soviético sobre el conflicto (Kissinger, 1994). De hecho, el propio Eisenhower veía con buenos ojos la posibilidad de que Berlín fuera ciudad libre, siempre que las rutas de acceso tuvieran jurisdicción de Naciones Unidas. Una posibilidad que, por otro lado, era contradictoria para con los intereses estrictamente estadounidenses, en tanto que tal posibilidad exigía imperativamente de mayor presencia militar en el país.

La falta de cohesión entre las potencias, a tenor de la crisis berlinesa, da un paso más con la visita de Macmillan a Krushev, el 21 de febrero de 1959, motivada por explorar una conversación tentativa a propósito de la situación. Tal circunstancia sería interpretada por el dirigente comunista, como diría el propio Kissinger (1994, p.568), como la constatación de “que el equilibrio de fuerzas estaba inclinándose a su favor y como augurio de mejores cosas”. Lo cierto es que la falta de consensos entre Francia, Reino Unido y Estados Unidos, por un lado, y la obtención de una lógica plausible de intercambios cooperativos con la Unión Soviética por otro, fue propiciando una alternancia de ultimátum con periodos de tensión que, empero, otorgaba tiempo a Occidente ante la incapacidad de aterrizar lo que, irreconciliablemente, Estados Unidos y la Unión Soviética entendían por “ciudad libre de Berlín”.

Tanto fue así que, dos años después de la redacción de “The Search of Stability”, y tras varios encuentros, el 15 de junio de 1961, Nikita Krushev volvía a la idea de la necesidad de un acuerdo de paz en y para Europa —lo cual ya había sido abordado previamente por Churchill, Stalin o Kennan (Feis, 1957)—. Así, el acto final llegaría sobrevenido el 13 de agosto de 1961, cuando en la parte oriental de Berlín se levantaron barricadas de alambre que dividían el sector soviético de la ciudad respecto del controlado por los otros tres vencedores de la Segunda Guerra Mundial. El escenario esperable por estos gravitaba entre el *statu quo* o la agresión abierta, de manera que ese tipo de acción no quedaba barajada entre las posibles situaciones por darse.

Tanto fue así que el ya presidente John Fitzgerald Kennedy entendía que dicha situación no podía ser concebida como agresión y, por ende, justificar una respuesta militar de Estados Unidos. Cosa diferente es que el movimiento de la Casa Blanca, el más decidido y definido de entre las potencias occidentales, no se hiciese esperar en su reacción. Washington envió un contingente de 1.500 hombres que fueron recibidos en Berlín por Lyndon Johnson tras transitar, a modo de provocación, por la zona de control soviético. Asimismo, nombró al héroe nacional del bloque de Berlín, el general Lucius Clay, en calidad de representante del presidente en Berlín y, además, mandó incrementar de inmediato el presupuesto en Defensa. De acuerdo con el propio Kissinger (1994, p.575):

Las metas de Kennedy fueron más ambiciosas. Tuvo la esperanza de terminar el conflicto soviético-norteamericano de una vez por todas, mediante unas negociaciones directas entre las superpotencias [...] Para Eisenhower, Berlín había sido un desafío que tuvo que soportar y superar con el tiempo; para Kennedy fue un alto en el camino de su plan de un nuevo orden mundial. Eisenhower o Dulles habrían elaborado fórmulas para anular una amenaza específica; Kennedy quiso eliminar un obstáculo permanente a la paz [...] También difirieron las actitudes de los dos presidentes en cuanto a la OTAN. Mientras que Eisenhower había mandado la alianza militar en tiempos de guerra en Europa, Kennedy había participado en la guerra en el Pacífico, donde el esfuerzo norteamericano fue mucho más nacional y unilateral. Kennedy no estaba dispuesto a conceder a los Aliados un veto a las negociaciones.

En cualquier caso, la diferente estrategia propuesta por Kennedy y desplegada entre 1961 y 1962 no tuvo resultados y la exigencia de negociaciones directas Moscú-Washington gravitó entre la inacción y la ineficacia. Una situación que, al amparo de una diplomacia suspendida, tampoco motivó en Krushev la búsqueda de

monedas de cambio posibilistas, lo cual deterioró cada vez más el marco de las relaciones de Bonn con la Casa Blanca. De hecho, bajo esta tesitura fue que el 21 de abril de 1962 se dejó filtrar a la opinión pública estadounidense el plan por crear una Autoridad Internacional de Acceso para controlar el tráfico de entrada y salida de Berlín. Lo anterior, de acuerdo con cinco partes occidentales (las tres vencedoras de la Segunda Guerra Mundial, más la RFA y Berlín Occidental), cinco comunistas (Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, RDA y Berlín Oriental) y otros tres neutrales (Suecia, Suiza y Austria). Adenauer —y también Francia— discrepaban de plano respecto de dicha posibilidad. La razón era la equiparación de estatus entre las dos Alemanias, junto al hecho de que la participación de representantes de los dos Berlines contribuía a fortalecer el papel de Alemania Oriental y que la voz decisiva del esquema, en realidad, recaía en países geopolíticamente endebles. Así lo verbalizaría el propio Adenauer (1962) en un discurso pronunciado el 7 de mayo.

El corolario de la crisis berlinesa, en cualquier caso, llegó acelerado por un hecho geopolíticamente ajeno, pero indudablemente conectado a las coordenadas del momento: la crisis de los misiles en Cuba, de octubre de 1962. Dicha crisis, resuelta por Kennedy de manera hábil y que contribuyó a desprestigiar a Krushev caló en la apuesta soviética sobre Alemania, como dan cuenta las palabras del mandatario de enero de 1963 (Slusser, 1974). En ellas, Krushev acepta el fin de las hostilidades y evoca el supuesto éxito de la construcción del Muro de Berlín. Un éxito que si bien, en las palabras del dirigente comunista servía para poner fin a cinco años de crisis, en realidad apenas era un mero impedimento físico para que los berlineses orientales pudieran recalar en el lado occidental de la ciudad.

La Alianza, en realidad, había sobrevivido a pesar de los vaivenes y vacilaciones de sus integrantes y los reales riesgos de fractura. Aunque Krushev había iniciado una amenaza que llevó a las presidencias de Eisenhower y Kennedy a situaciones geopolíticas de riesgo, el tiempo transcurrido jugó en su contra. Las veces que tuvo tesituras favorables para negociar, no lo hizo, toda vez que las múltiples amenazas nunca se consumaron. Las tensiones entre el eje Estados Unidos-Reino Unido, por un lado, y Francia-Adenauer, por otro, era tan palpables que cualquier negociación con Moscú hubiera desencadenado una situación más favorable para los intereses soviéticos que la que finalmente se logró. Es más, y de acuerdo con Kissinger (1994), cabe pensar que la crisis berlinesa fue, en realidad, una evocación de la debilidad geopolítica de la Unión Soviética, la falta de rumbo y las profundas disputas entre los halcones y palomas que hacían parte del *Politburó*. El desenlace sería que, desde 1963, con la breve excepción de un estallido después de la guerra en Oriente Medio de 1973, no volvería a haber nuevos desafíos directos contra la autoridad estadounidense y la ciudad de Berlín quedaba ajena a nuevas disputas ni desafíos por sus rutas de acceso, al menos, hasta 1989.

Conclusiones: hacia un sistema sin orden mundial

A modo de conclusión, señalar que el mundo que sigue a la Guerra Fría es vaticinado por Kissinger en *Diplomacia* y madurado en *Orden Mundial*. Una de las muchas ideas-fuerza que se pueden extraer del primero de los trabajos, citado también a lo largo de este texto, es la relación compleja entre fractura y globalización. Asumir en

ello la heterogeneidad de valores y códigos y, asimismo, aprender de la experiencia rescatable de la Historia, son dos exigencias en la modulación del orden imperante que nos imbuye. De esta manera, Kissinger defenderá en *Orden Mundial* de qué modo la aspiración a dicho orden es tan insistente como polisémica.

A tal efecto, el paso de los años conduce al propio Kissinger a discutir consigo mismo un concepto central, como es el de orden. Su conclusión es que todos los centros de poder del sistema internacional desarrollan y promueven elementos de orden. Sin embargo, son tan dispares entre sí que la clave está en explorar si es posible un modelo comúnmente compartido. Por tanto, orden para Kissinger habrá que seguir entendiéndolo como ese elenco de normas, reglas y valores comúnmente validados en favor del equilibrio y en aras de evitar que un actor domine sobre el resto. Es decir, nuevamente, orden, equilibrio, poder y hegemonía centran en buena medida el sentido de la reflexión una vez concluida la Guerra Fría.

El problema del orden y del equilibrio que detrae a Kissinger desde mediados de los noventa y hasta el nuevo milenio no será otro que el de dotar a la diplomacia del mismo elemento de centralidad y cohesión, y que le convierte en artífice de la legitimidad colectiva y la resignificación del desencuentro como oportunidad de mejora. El orden debe ser equilibrio, consenso con discrepancia, pero también legitimidad. Así, el poder se erige como herramienta medial para definir el orden, construirlo, dirigirlo, pero, sobre todo, legitimarlo. Es en esta última cuestión en donde la función diplomática sigue deviniendo fundamental.

En sentido estricto, por tanto, el orden mundial ha sido una utopía, en tanto en cuanto los órdenes de la Guerra Fría o anteriores, siempre han resultado de equilibrios de poder entre diferentes áreas y regiones con códigos políticos y culturales, *ad intra*, fuertemente cohesionados (Kissinger, 1959). Complementando a *Diplomacia*, en *Orden Mundial*, Kissinger diferencia este de otros estadios previos incompletos, imposibles bajo las coordenadas históricas propias del siglo XIX o XX. Esto es, el orden internacional, que afecta a partes sustanciales del mundo y que afectan al balance de poder global; o el orden regional, erigido sobre coordenadas mucho más pequeñas. Es por lo anterior que tal aspiración deviene difícilmente practicable, dado el orden multipolar profundamente disímil, que tiene como centros de poder Europa, China, el mundo islámico y Estados Unidos.

Kissinger (2014) invoca el sentido westfaliano de respeto, reconocimiento y cooperación entre diferentes civilizaciones para que así puedan dotarse de un orden mundial común, válido y validado por todas, pero en donde el rol de Estados Unidos debe seguir siendo el de guía inspiradora de cómo hacer funcionar la economía liberal, la regla del mercado y la resolución consensuada de controversias. No hay que confundir esta defensa sistémica con una apuesta ideacional de un Kissinger pues, en realidad, es tan realista como antaño. Recuérdese que para él las posiciones ideales del liberalismo internacional personificado en Wilson, precisamente, son erradas por incurrir en un universalismo falaz. Aunque para Kissinger son perfectas muestras Vietnam, Afganistán e Iraq, no puede pasarse por alto que, en las tres, funcionaron lógicas de contención en favor del interés nacional, y también del orden internacional: la propagación del comunismo, la lucha frente al terrorismo internacional yihadista radical y la existencia de armas de destrucción masiva. De ello se deduce una clara contradicción que, no obstante, Kissinger intenta salvar arguyendo que el idealismo ha propiciado imposiciones, imperativos morales e intervenciones cuando, en

realidad, se lo que se trata es de acatar la realidad compleja y problemática del sistema, entenderla y adaptarse a ella, para minimizar los riesgos de confrontación por medio de la diplomacia y el equilibrio de poder.

En cualquier caso, una constante última que destacar es la ausencia de interés y atención que Kissinger le presta a todos aquellos actores que no son protagónicos del sistema, algo típico de pensamiento realista, y que se aprecia en las omisiones a América Latina o el continente africano, incluidos países con carácter de potencia regional como Brasil, Sudáfrica o India. Otra omisión generalizada, que igualmente es una constante en la tradición de pensamiento del autor que nos ocupa, guarda relación con la agenda negativa y las amenazas no estatales, como el crimen organizado o el terrorismo internacional, mayormente desatendidas por no resultar de las disputas y reacciones al equilibrio de poder. Sin embargo, estas junto a otras cuestiones como las consecuencias internacionales de la división internacional del trabajo, las presiones migratorias o el cambio climático, marcan buena parte de la agenda geopolítica de la posguerra fría. Una posguerra fría que, como hemos visto durante la crisis financiera, la crisis migratoria posterior a las primaveras árabes o la misma pandemia exige de respuestas más plurales, amplias e interdependientes de lo que Kissinger propone.

Para terminar, en muchas partes de su obra, se (auto)percibe como ese hombre al servicio de la razón de Estado que tan importante es para el diseño y comprensión de qué y cuál debe ser el rumbo de la política exterior. Ese ya mencionado cardenal Richelieu contemporáneo que, como hizo aquel entre 1624 y 1642 con la política exterior francesa, siempre estuvo preparado para tomar las decisiones impopulares, y muchas veces incomprendidas, en aras de proteger y maximizar el interés del Estado. Así es ese Kissinger activo entre 1969 y 1977.

La preparación de las decisiones difíciles sólo está para unos pocos escogidos, que son quienes verdaderamente comprenden la magnitud de la importancia del equilibrio del poder y del orden internacional. Esto queda perfectamente verbalizado en una conversación que Kissinger sostuvo con su amigo Raymond Aron en la década de los setenta. Un día, en casa de Pierre Salinger, que había sido consejero de prensa con Kennedy, cuenta el periodista francés, ya fallecido, Jean Daniel, que Aron le espetó lo siguiente: “Henry, yo no hubiera sido capaz de ordenar los bombardeos de Camboya y después irme a dormir tan tranquilo”. La respuesta de Kissinger —en ese momento consejero de Seguridad Nacional— habla por sí sola: “Querido Raymond, a nadie se le hubiera ocurrido encargarle a usted semejante misión”. Ése era Henry Kissinger.

Referencias bibliográficas

- Adenauer, K. (1962). Conferencia de prensa de 7 de mayo de 1962. *New York Times*, 13 de mayo de 1962. Sección 4, página 5.
- Aron, R. (1962). *Paix et guerre entre les nations*. París: Calman Levy.
- Barbé, E. (1987). El equilibrio del poder en la teoría de las Relaciones Internacionales. *Afers Internacionals*, (11), 5-17.
- Bull, H. (1984). The Balance of Power and International Order. En M. Smith *et al.* (Eds.), *Perspectives on World Politics* (pp. 94-103). Londres: Croom Helm.

- CNN (2005). Interview for Late Edition with Wolf Blitzer. *CNN*, 15 de agosto. Recuperado de <https://edition.cnn.com/2005/POLITICS/08/15/us.iraq/>
- CNN (2008). Interview for CNN's 'Fareed Zakaria GPS'. *CNN*, 8 de junio. Recuperado de <https://www.henryakissinger.com/interviews/interview-for-cnns-fareed-zakaria-gps/>
- Feis, H. (1957). *Churchill-Roosevelt-Stalin. The War They Waged and the Peace They Sought*. New Jersey: Princeton University Press.
- Fulcher, K. (2002). A Sustainable Position? The United States, the Federal Republic, and the Ossification of Allied Policy on Germany, 1958–1962. *Diplomatic History*, 26(2), 283-307.
- Hoffmann, S. (1972). Weighing the Balance of Power. *Foreign Affairs*, 50(4), 618-643.
- Kaplan, M. (1957). *System and Process in International Politics*. Nueva York: Wiley.
- Kissinger, H. (1957). *A World Restored: Metternich, Castlereagh and the Problems of Peace 1812–1822*. Boston: Houghton Mifflin Harcourt.
- Kissinger, H. (1957). *Nuclear Weapons and Foreign Policy*. Nueva York: Harper & Brothers.
- Kissinger, H. (1959). The Search of Stability. *Foreign Affairs*, 37(4), 537-560.
- Kissinger, H. (1969). The Vietnam negotiations. *Foreign Affairs*, 47(2), 211-234.
- Kissinger, H. (1981). *For the Record: Selected Statements, 1977–1980*. Londres: Weidenfeld & Nicholson.
- Kissinger, H. (1994). *Diplomacy*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Kissinger, H. (2012). *On China*. Nueva York: Penguin Books.
- Kissinger, H. (2014). *World Order*. Nueva York: Penguin Books.
- Kissinger, H. (2022). *Leadership: Six Studies in World Strategy*. Nueva York: Penguin Books.
- Mestre, T. (1979). *La política internacional como política de poder*. Barcelona: Labor.
- Morgenthau, H. (1948). *Politics among Nations. The struggle for power and peace*. Nueva York: Knopf.
- Morris, R. (1974). Henry Kissinger and the Media: A separate peace. *Columbia Journalism Review*, 13(1), 14-25.
- Schulzinger, R. (1989). *Henry Kissinger. Doctor of Diplomacy*. Nueva York: Columbia University Press.
- Slusser, R. (1974). *The Berlin Crisis of 1961: Soviet-American Relations and the Struggle for Power in the Kremlin, June-November, 1961*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Waltz, K. (1979). *Theory of International Politics*. Boston: Addison-Wesley.
- Wright, Q. (1942). *A Study of War*. Chicago: Chicago University Press.